



EL AUTÉNTICO DORADO

Dos muestras reúnen cientos de objetos de oro de las culturas que dieron pie al mito de El Dorado.

EVA MILLET, PERIODISTA

Existe un altiplano en Colombia en el que los campesinos creen en los encantos, así llamados los espíritus de los muisca, los indígenas que habitaban esta zona de cerros, montañas y lagunas antes de la conquista española. A los encantos se los ve rondando en los bosques o cerca de las casas. A veces tienen forma de muñecos de oro; otras, de niños que juegan solos, niñas de cabellos dorados o luces que brillan en el monte. Se dice que viven en el fondo de las lagunas, desde donde se desplazan hacia otros lagos y ríos a través de túneles y escaleras de oro. El oro, un elemento esencial en la Colombia prehispánica, está presente en las leyendas de estas tierras desde hace siglos. Una de las quimeras más famosas afirmaba la existencia de El Dorado, una ciudad perdida supuestamente construida en oro. Su búsqueda obsesionó a gran número de europeos durante los siglos XVI y XVII, y en no pocas ocasiones culminó en trágicas expediciones. El mito de El Dorado surgió, en parte, en este altiplano encantado –el cundiboyacense–, cuando los españoles, liderados por Gonzalo Jiménez de Quesada, se toparon con los muisca durante la primera mitad del XVI.

Ofrendas doradas

Este pueblo, de la familia lingüística chibcha, ocupaba la cordillera oriental de los Andes desde el siglo VII. Formaba una sociedad jerarquizada, y su población, numerosa, vivía en aldeas dispersas por las laderas y los valles. Los muisca se organizaban en cacicazgos, y basaban su economía en la agricultura, la producción de cerámica, orfebrería y textiles y la extracción de sal y esmeraldas. A través de amplias redes comerciales intercambiaban estos productos por cera de abejas, miel, plumas y, por supuesto, oro. El preciado metal no servía como moneda de cambio, sino que tenía un gran valor simbólico. La elite lo empleaba para marcar su rango, tanto en la vida como en la muerte. De ahí que se alzara en uno de los materiales preferidos para elaborar ofrendas, muy importantes en la religión



CEREMONIA DEL INDIO DORADO según Theodore de Bry (s. XVI). En la pág. anterior, pectoral precolombino expuesto en "Más allá de El Dorado", British Museum.

EL MITO DE UNA CIUDAD CONSTRUIDA EN ORO SURGIÓ, EN PARTE, EN TERRITORIO MUISCA, EN LA ACTUAL COLOMBIA

muisca. Sus vestigios nos permiten hoy seguir descubriendo aspectos de un pueblo al que, estos días, dos exposiciones, una en el Museo del Oro de Bogotá y otra en el British Museum de Londres, se acercan a través de centenares de piezas.

Oro y alcohol sagrados

El significado de una ofrenda no dependía únicamente del objeto u objetos que la conformaban. También obedecía al mensaje que debía transmitir, al ser espiritual al que iba dirigida, al lugar en el que se depositaba, al rito seguido, al oferente y al oficiante. Se ofrecían desde piezas de orfebrería hasta cerámicas, piedras, conchas y esmeraldas. Sin olvidar elementos perecederos, como maíz, tabaco, algodón, cabello o uñas. Todas las ofrendas se in-

troducían en recipientes cerámicos diseñados expresamente para ello. Luego, estos se depositaban en lugares sagrados, como lagunas, campos y cuevas. La notable actividad productiva y comercial de los muisca contribuyó a la aparición de especialistas en el arte de ofrendar. Entre ellos destacaban, por un lado, los orfebres, auténticos maestros de la elaboración de pequeñas figuras en oro, y, por

el otro, los sacerdotes, o jeques, personajes clave de las ceremonias. Se practicaban ritos de fertilidad, de guerra, de nacimiento, de matrimonio y de muerte; sacrificios humanos y de animales; e investiduras de caciques y sacerdotes. En casi todas estas celebraciones, los muisca realizaban ofrendas y consumían chicha, bebida alcohólica hecha a partir de maíz fermentado, a la que otorgaban un sentido religioso.

A TENER EN CUENTA

ARTE MUISCA EN LOS MUSEOS

La muestra "Historias de ofrendas muisca", en el Museo del Oro de Bogotá hasta el 23 de febrero, analiza trece exvotos de esta cultura (a la dcha.). El estudio de las piezas ha desvelado diferentes estilos de manufactura y, por vez primera, el trabajo individual de los orfebres. La muestra coincide con "Más allá de El Dorado. Poder y oro en la antigua Colombia", en el British Museum hasta el 23 de marzo. Esta explora las sofisticadas técnicas de orfebrería de los muisca y otras sociedades de la Colombia prehispánica. Muchas de las obras expuestas salieron a la luz hace un siglo en excavaciones en la laguna de Guatavita.



Se busca artesano hábil

LA MAYORÍA DE LOS OBJETOS DE ORFEBRERÍA MUISCA SE ELABORARON POR FUNDICIÓN A LA CERA PERDIDA. GRACIAS A ELLO SE LOGRÓ UN GRAN DETALLISMO.

1 El orfebre creaba un modelo, esculpiendo con cera de abeja la figura o el conjunto escultórico requerido, caso de la balsa de Guatavita.

2 Luego cubría el modelo con una fina mezcla de arcilla y polvo de carbón vegetal (útil para la reproducción de los detalles) y con un molde grueso de arcilla. Tan solo se dejaba una pequeña abertura, normalmente entre las piernas.

3 Una vez solidificado, el molde se calentaba hasta que la cera se derretía y se extraía por el orificio practicado. De este modo se creaba un hueco con la forma de la figura deseada.

4 El vacío se rellenaba con oro o, en su defecto (los españoles confiscaron este material a los muisca), con bronce.

5 Enfriado el metal, el orfebre rompía el molde y extraía la pieza, que conservaba todos los detalles (algunos diminutos) esculpidos en la cera al principio del proceso.

MODELO EN CERA DE ABEJAS

MOLDE DE ARCILLA

ABERTURA

MEZCLA FINA DE ARCILLA Y CARBÓN

PIEZA EN METAL

FIGURAS hechas por un aprendiz. En la de la dcha. erró en no pegar los brazos al tronco.

Una de las ceremonias más llamativas era la del indio dorado. Marcaba el ascenso al poder de un nuevo cacique y tenía lugar en la laguna sagrada de Guatavita, cerca de lo que hoy es Bogotá. Diversos españoles describieron en qué consistía con bastante detalle, pese a que nunca la presenciaron. Los cronistas fray Pedro Simón, en 1625, y Juan Rodríguez Freyle, en 1636, relataron cómo el nuevo jefe se adentraba en el lago a bordo de una gran balsa de juncos, ricamente adornada. Su cuerpo había sido recubierto en su totalidad con polvo de oro, lo que le hacía resplandecer bajo el sol de mediodía. La navegación se acompañaba desde tierra

con el sonido de diversos instrumentos y el humo perfumado de hogueras y braseos. El nuevo cacique no estaba solo en la balsa. “Entraban con él cuatro caciques, los más principales, sus sujetos, muy aderezados de plumería, coronas [...], brazales, chagualas [pendientes en la nariz] y orejeras de oro”, escribió Freyle. Cada uno llevaba su ofrenda, siendo la más importante la que portaba el indio dorado: oro y esmeraldas para el dios de la laguna. Las narraciones de esta ceremonia y la abundancia de objetos de oro requisados a los indígenas propulsaron diversas expediciones en pos del mítico El Dorado. Incluso hubo varios intentos por parte de

españoles de desecar la laguna de Guatavita. En su orilla se descubrieron algunas piezas valiosas, pero ni rastro de la quimérica ciudad pavimentada en oro.

Del mito a la realidad

La leyenda de El Dorado revivió en 1969, gracias al hallazgo de una pieza excepcional: una balsa de oro muisca. La obra apareció en el interior de una cueva cercana a Pasca, un antiguo pueblo de orfebres ubicado al sur del lago, en el límite meridional de los dominios muisca. La sacó a la luz, junto a otros objetos propios de una ofrenda, un campesino, Cruz María Dimaté. Pero fue gracias a la gestión

del párroco del lugar, Jaime Hincapié Santamaría, que acabó preservada en el Museo del Oro de Colombia. Hoy es su pieza estrella y un icono del país.

La balsa y sus ocupantes fueron fundidos en una sola pieza a la cera perdida, una técnica que requería mucha destreza por parte del artesano. El conjunto es tan pequeño que podría sostenerse en la palma de la mano: apenas mide 19,5 cm de largo por 10,1 de ancho y 10,2 de alto. Se cree que se elaboró entre 1200 y 1500, durante el período tardío de la cultura muisca. Según los expertos, lo más probable es que represente el ritual de investidura del cacique de Guatavita, lo que daría veracidad histórica a las narraciones sobre el indio dorado.

Las once figuras humanas de a bordo, todas planas, son características del arte muisca. Conocidas como tunjos, representan diferentes personajes, y su tamaño indica el lugar que estos ocupaban en la jerarquizada sociedad. La mayor, en el centro de la balsa, es el cacique, profusamente ataviado; el resto son remeros y portadores de recipientes ceremoniales, máscaras de jaguar y maracas de chamán. Pese a sus reducidas dimensiones, los especialistas han podido escudriñarlas con

POR PRIMERA VEZ, UN ESTUDIO HA DETECTADO LA ELABORACIÓN A CUATRO MANOS DE UNA OFRENDA MUISCA

todo lujo de detalle gracias a sofisticadas herramientas científicas, como el microscopio electrónico de barrido. Una reciente investigación realizada conjuntamente por el Museo del Oro y el Instituto de Arqueología del University College de Londres ha revelado “la mano” del orfebre que las creó. El estudio concluye con un dato sorprendente: dos de las trece ofrendas estudiadas –todas ellas incluidas en la muestra del museo colombiano– no fueron elaboradas por un solo orfebre, sino por dos. La primera consiste en dos exvotos en oro hallados junto a la balsa; la segunda, hallada en Suba, al norte de la capital, está compuesta por de 33 figuras.



BALSA DE ORO MUISCA hallada hace 45 años en una cueva cerca de Pasca, al sur de Bogotá, Colombia.

En la ofrenda de Suba, concretamente, se ha detectado la colaboración de un maestro y su aprendiz. Lo más seguro es que ello se debiera al elevado número de piezas que la conforman y a la obligación de entregar lo que podría ser un encargo en una fecha determinada. El maestro demostró ser diestro en su trabajo y un profundo conocedor de los cánones de representación de la figura humana, muy estandarizados. En todas sus piezas, por ejemplo, los brazos aparecen pegados al tronco y cruzados, algo que su pupilo olvidó en más de una ocasión. Sus obras son las más pequeñas y delicadas: hombres con propulsor (un arma para disparar dardos), mujeres, algunas con bebés, y unas cunas. La observación al microscopio de estas camas ha revelado una información etnográfica interesante: los muisca amarraban a los pequeños a ellas.

Magia bajo las aguas

El Museo del Oro, así como el British Museum, atesora ofrendas muisca procedentes de varias zonas. Entre ellas, de la laguna de Guatavita. Ubicada en la cumbre de un cerro y con forma de círculo casi perfecto, fue uno de los lugares más sagrados, el predilecto para celebrar ritua-

les de ofrendas. En 2009, unas prospecciones arqueológicas señalaron que esas ceremonias solo se realizaban en el costado norte y que el consumo de chicha se efectuaba en un área distinta. Aún perdura el carácter sagrado de la laguna, parte de un parque natural. Los descendientes mestizos de los muisca (a quienes los colonizadores prohibieron practicar sus ritos) creen que sus antepasados continuaban viviendo en las lagunas, e intentan comunicarse con ellos mediante conjuros. Buscan así amansar su furia y, con suerte, encontrar sus riquezas. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO
KUPCHIK, Christian. *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América*. Madrid: Nowtilus, 2008.

CATÁLOGO
VV. AA. *Historias de ofrendas muisca*. Bogotá: Museo del Oro. Banco de la República / UCL Institute of Archaeology, 2013.

INTERNET
Museo del Oro. Banco de la República. www.banrepcultural.org/museo-del-oro
The British Museum. En inglés. www.britishmuseum.org